



## Las once llaves

Natalia Kishkina Eftimova

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 AÑOS

3er Premio

Querido Bastian Dubois:

¿Recuerdas aquella época en la que la gran mayoría de nuestras conversaciones giraban en torno a la muerte? Hace unos veinte años ya de eso, de cuando teníamos diez añitos y recién empezábamos a tener conciencia sobre el inevitable final de la vida que nos espera a todos. Hablábamos sobre el profundo pánico que sentíamos ante la idea de que nuestros seres queridos fueran a morir. Recuerdo aquel patio en el que ambos llorábamos desconsoladamente cuando una profesora se nos acercó, preocupándose por nosotros y preguntando por el motivo de nuestro llanto, "No quiero que mi mamá se muera", fue la respuesta que le diste. Ella logró consolarnos y calmarnos, pero nuestra inquietud no cesó hasta algunos días después. Pasamos varios recreos hablando sobre situaciones trágicas a las que no nos querríamos enfrentar por nada del mundo. Un acuerdo al que llegamos durante una de esas pláticas ha permanecido siempre en mi memoria: nos prometimos que, pasara lo que pasara con nosotros y nuestra amistad, cuando muriera uno de nosotros, el otro acudiría a su funeral y se quedaría con su balón de fútbol. Al cabo de unas semanas, dejamos atrás este lúgubre tema y nuestras preocupaciones volvieron a ser las de antes (se limitaban a coleccionar cromos y jugar al fútbol y a las canicas).

Probablemente, todos estos momentos quedaron almacenados en lo más profundo de tu memoria y no han tenido importancia para ti. Yo, sin embargo, todavía conservo mi balón de fútbol debajo de la cama, y siempre he tenido en mente la promesa que nos hicimos (quizás porque, muy dentro de mí, siempre tuve claro que moriría yo primero). Por eso te escribo, Bastian, ha llegado el momento, quiero que te quedes mi balón y que asistas a mi funeral.

Soy consciente de que llevamos sin tener contacto alguno desde los dieciocho años, pero ¿acaso no fue toda nuestra historia igual de repentina e inesperada que esta carta?



Éramos vecinos y compañeros de clase, y nuestra amistad no empezó ni en la escuela ni en el parque del barrio, sino en tu casa, gracias a que a mi madre se le cayeron las llaves de casa por una alcantarilla y tuvimos que ir a tu casa una tarde y esperar a que tu padre clonara todas las llaves de mi padre. Durante ese tiempo, mantuvimos nuestra primera conversación, y fue entonces cuando nos dimos cuenta de nuestra evidente conexión. Fue el inicio de una maravillosa amistad.

Todas las tardes, después de merendar, cogía los prismáticos de caza de mi padre y me pasaba horas observando cómo tu padre trabajaba: cómo soldaba, clonaba y creaba todo tipo de llaves, cómo reparaba diferentes candados y cerraduras y, sobre todo, cómo te enseñaba a ti a hacer lo mismo. Al principio, sentía una gran envidia de vuestra relación. Deseaba que mi padre fuera cerrajero, y no soldado, para poder pasar más tiempo con él, y no pasar por el infierno en el que se convertía mi casa cuando mi padre se iba al frente. Las épocas en las que mi padre se fue a combatir a Yugoslavia, Kosovo y Croacia, fueron períodos horriblemente tensos. Una seriedad absoluta inundaba nuestro hogar, dejábamos de escuchar música o contar chistes y pasábamos a estar constantemente pendientes del teléfono y las noticias. Afortunadamente, mi padre regresó todas las veces que se fue.

Cuando mi padre volvía y regresábamos a la rutina, esas ganas de que fuera cerrajero, para poder pasar tiempo con él, se desvanecían en cuanto me daba una de sus palizas o me insultaba y degradaba con sus palabras. A pesar de todo, yo siempre lo he querido. Tenía sus momentos buenos, pero, como él decía, simplemente "tenía un pronto agresivo", que mi madre defendía, porque "al fin y al cabo, es un hombre".

Yo también soy un hombre y aborrezco cualquier tipo de violencia, por lo que el argumento de mi madre me resultaba del todo ilógico. Pero nunca expresé mi opinión respecto a ese tema (ni ningún otro), porque cualquier idea que no enajara con la arcaica mentalidad conservadora y tradicional de mi familia era para ellos completamente inaceptable.

Tras concluir que, tanto si estaba mi padre en casa como si estaba en el frente, no me gustaba mi realidad; los libros y mirar a vuestra ventana se convirtieron en mis únicas vías de escape. Eran mis

actividades favoritas, porque me permitían evadirme de mis problemas y no pensar en mi mísera vida durante un rato.

Una tarde, cuando teníamos ya catorce años, os estaba observando (como de costumbre), cuando me di cuenta de que lo que sentía había cambiado: ya no envidiaba que pudieras pasar tiempo con tu padre gracias a su oficio, envidiaba a tu padre por poder pasar tiempo contigo. Desde que tu hermano había fallecido un año antes en aquel desafortunado accidente de tráfico, los Dubois se habían vuelto tan sobreprotectores contigo que ya no te permitían salir. Como si por encerrarte y asegurarse de que estabas siempre vigilado, estabas a salvo de todos los peligros del mundo exterior. Esta situación me producía una amarga impotencia que me llevó a cosechar un profundo odio hacia tu difunto hermano y tus padres.

Yo sentía un deseo irrefrenable de querer estar contigo lo máximo posible, no me bastaba solo con verte en clase, así que tuve que ingeniármelas. Comencé a simular la pérdida de mis llaves o a decirles a mis padres que se me habían caído por el hueco del ascensor o por una alcantarilla, y así lograba que fuéramos a vuestra casa, y hablar contigo mientras tu padre trabajaba. No era tonto, hacía esto máximo una vez cada dos meses y también simulaba perder más objetos aparte de las llaves para que no resultara sospechoso. Sin embargo, aún así, mi madre terminó deduciendo que lo hacía queriendo, y no tardó mucho en detectar el motivo de mis acciones: Estaba enamorado de ti.

Mi madre siempre ha sido una mujer muy precavida y cautelosa, siempre ha sabido mantener la compostura y no perder las formas, así que, al hacer frente a esta situación, se mantuvo fiel a su estilo. Claramente, la idea de aceptar la homosexualidad de su hijo no era ni siquiera una opción, porque hacer eso hubiera implicado un mínimo de empatía y mentalidad abierta por su parte, algo de lo que carecía cualquier miembro de mi familia, en la que reinaba el arcaísmo. Así que, en vez de montar un escándalo, o eliminar mi homosexualidad a base de golpes (por ejemplo, incitando a mi padre a que me diera una de sus características golpizas para que mi cerebro hiciera tábula rasa), mi madre decidió callárselo, mandarme a pasar todo el verano a casa de mis



tíos a Manchester (diciéndole a mi padre que era para mejorar mi inglés) en cuanto acabara el curso. Para ella, mi homosexualidad era un capricho, algo pasajero que se podía eliminar fácilmente del plano distanciándome de ti durante unos meses.

Pasé todos y cada uno de mis días en Manchester pensando en tu olor, en tu pelo, en tus manos, en tu risa, en tu voz y en tu mirada.

Cuando regresé, me alivió ver que nuestra conexión seguía ahí y que nuestra relación en clase seguía siendo igual de cercana que antes. Y, aunque ya había abandonado el hábito de observaros después de merendar, seguía irremediablemente enamorado de ti y de cada uno de tus gestos, grababa en mi memoria cada uno de los momentos en los que te reías a lo largo del día y, a la tarde, solo en mi cuarto, los volvía a reproducir. Así pasé los últimos tres años de nuestra trayectoria académica, terrible e irrevocablemente enamorado de ti, en silencio, ocultándoselo a mi familia y al mundo, sufriendo internamente cada vez que me contabas tus hazañas amorosas con todo tipo de chicas.

Te he escrito centenares de cartas confesando mis sentimientos que, o he quemado, o nunca te he llegado a entregar. Esta sí la vas a recibir, porque es la última y no quiero irme sin haberte expresado el único sentimiento bonito y puro que he sentido en toda mi vida.

Al graduarnos, mi padre me alistó en el ejército. Ni siquiera me dio la opción de negarme, ni siquiera me preguntó si quería, ni siquiera se le pasó por la cabeza que yo pudiera preferir dedicarme a otra profesión. ¿Cómo no iba yo a querer seguir los pasos de mi padre maltratador y dedicar mi vida a matar a otras personas? Les parecía imposible que yo pudiera pensar en rechazar tan tentadora oferta. Así, he pasado esta última década de mi vida viajando de país en guerra a país en guerra, traicionando mis propios principios y matando a personas, sumergiéndome en el más profundo horror y siendo testigo del lado más mísero y despreciable del ser humano. Durante todo este periodo de absoluta oscuridad, mi único motivo para seguir viviendo era la idea de volver a verte y, esta vez sí, poder confesarte mi amor.





Hoy he vuelto, tanto tiempo después, a mi casa. Mis padres me han puesto al día, estoy al corriente de tu feliz matrimonio y el reciente nacimiento de tu retoño. Me alegro por ti, te deseo desde lo más profundo de mi alma que seas tan feliz como se pueda ser.

Esta es mi carta de suicidio. Desde la primera vez que apreté el gatillo ya estoy muerto. Aquel disparo no mató solo al soldado al que apuntaba, mató también todos mis principios y decencia. Me maté a mí. Al perderme a mí, mi primitivo instinto de supervivencia decidió aferrarse a la idea de que volver a verte sería el remedio que lo curaría todo, pero, analizado con perspectiva, es un pensamiento totalmente ilógico. Llevo mucho tiempo roto por dentro, y no tengo ganas ni ningún motivo para arreglar mi desorden y seguir vagando por la vida.

Siempre pensé que en las cartas de suicidio uno ponía cuál es el motivo que lo ha empujado a hacerlo, en mi caso no lo tengo muy claro, creo que simplemente nací demasiado frágil como para poder hacer frente a la vida.

He cogido la escopeta de caza de mi padre y los prismáticos, y esta vez quien está trabajando con llaves y cerraduras eres tú. He puesto las once llaves que fingí perder y mi balón de fútbol encima de mi cama, y de la fecha del funeral ya te enterarás.

Siempre tuyo: Clément Renoir.

